

# Postconvencionales

No. 4, noviembre 2011, pp. 122-126. ISSN: 2220-7333.  
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos  
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Reseña de:

♣ Osborne, M., y Stevenson, J. (Dirs.) (2008). *Kung Fu Panda* [Largometraje]. EE UU: DreamWorks Animation.

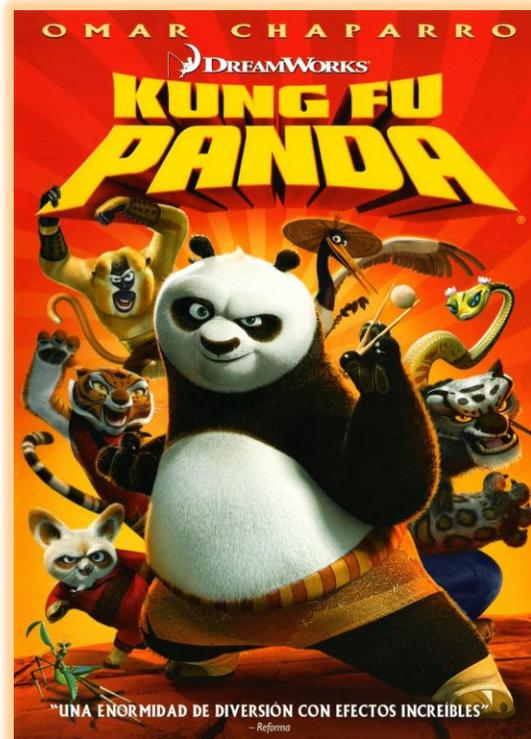
## Kung Fu Panda, Liu Xiabu o el triunfo de la persona

Luz Marina Barreto

Escuela de Filosofía, UCV  
luzmbarreto@gmail.com

Parece que una vez el gran y bizarro escritor Williams Borroughs llegó a decir que el lenguaje era una especie de virus. Es una idea extraña, que no presenta problemas si la vemos como una licencia poética, siendo, en cambio, nefasta si se la interpreta en sentido literal. Porque, desde luego, no es correcto homologar la física de la reproducción viral a la lógica de la reproducción de las ideas. Ambas pertenecen a dos ámbitos conceptuales diferentes, aunque ambas sean una forma de reproducción.

Un concepto de lenguaje que se supone contaminaría la mente de una persona como un virus se parece un poco al concepto marxista “ideología”, y, por ello, comporta toda una antropología y toda una filosofía de la mente humanas. El concepto de ideología no es políticamente inocente: está inventado para oprimir y someter mejor, como el lobo de Caperucita. De acuerdo con esta filosofía de la mente y esta antropología, la gente que escucha el concepto “contaminante”, que es víctima de una “ideología”, carecería en principio de la autonomía necesaria para proteger sus, digamos, sinapsis neuronales del elemento peligroso. El receptor no reflexionaría, no sopesaría inteligentemente, aquello que recibe a través de los medios de



comunicación “imperialistas”, “de derecha”, o lo que sea. De acuerdo con este concepto de ideología, y su metafísica asociada, la gente es bruta, unos zombies, individuos no pensantes, tan irracionales que lo único que se puede hacer con ellos, cuando se niegan a pensar como uno quiere, cuando se resisten a ser “hombres nuevos”, es mandarlos a un campo de concentración psiquiátrico (¿les suena conocido?: un *gulag*), educarlos en la asepsia absoluta de las ideas contrarrevolucionarias expurgando los textos escolares, tumbando el Internet, censurando los medios de comunicación, amén de un largo etcétera al que los sistemas dictatoriales del mundo ya nos tienen acostumbrados.

Y todo a causa de la falsa filosofía de la mente y la concepción de la racionalidad humana que se esconde detrás del concepto de ideología. Lo que se esconde aquí es, pues, una determinada concepción de la persona humana, de lo que creemos que es una persona. En efecto, una persona *no es* lo que los regímenes totalitarios dicen que es. Es, más bien, la capacidad que tenemos todas las personas, incluso la que parece más tonta, para reflexionar con autonomía sobre lo que percibe, incluso si su reflexión es limitada o insuficiente, lo que constituye el verdadero poder de la persona.

Los que, sentados cómodamente frente a nuestros televisores, contemplamos el triste espectáculo dado por el gobierno de China para impedir que el disidente Liu Xiabu viajase a Oslo a recibir el Premio Nobel de la Paz en el año 2010 pudimos comprobar lo dicho de la manera más elocuente. No sólo se le impidió viajar a él mismo: se acosó a su esposa, se le inició un proceso judicial y se lo condenó, se inventó un premio alternativo, el Premio “Confucio”, para disminuir el prestigio del Nobel antes sus nacionales, entre otras acciones tan desproporcionadas que asombran y llenan de indignación a cualquier persona decente. Liu Xiabu es sólo un individuo que se limitó a escribir lo que pensaba en Internet, tal y como hago yo en este momento. Que contra una persona indefensa se haya ensañado todo el poder del gobierno chino con tanta ferocidad, con la complicidad de otros gobiernos e intelectuales del mundo, es revelador: dice que el verdadero enemigo del poder político absoluto es la persona. Que China, un país con un estimado de 1.500 millones de habitantes, se tome tanto trabajo por acallar la voz de un individuo es índice de que el enemigo real del poder es la capacidad que tenemos todas las personas para formarnos nuestra propia opinión y autodeterminar nuestra acción.

Correlativa a la comprensión de la persona como peligrosa, es la, al menos en nuestro país, muy activa campaña en contra de la idea de los derechos humanos como derechos del individuo. Desde el poder, aquí en Venezuela y en otros lugares, se están haciendo verdaderos esfuerzos, y gastando precioso dinero en campañas de adoctrinamiento, para desplazar el sentido que suele darse a la protección de los derechos humanos del individuo al colectivo. De acuerdo con este desplazamiento, los individuos no tendrían derechos, sino sólo lo tendrían el ser genérico de grupos o colectivos, lo que significa que si los derechos de un individuo son considerados por un grupo como desdeñables no habrá vacilaciones ni cargos de conciencia al desestimarlos. Una variante de esta manipulación de la comprensión de una noción filosófica se encuentra cuando se distingue entre individuo y persona. En este caso, se sugiere que aunque toda persona es un individuo, no todo individuo es una persona. La trampa aquí es reservar el concepto de persona sólo a aquellos que se conforman a una noción que designa a un grupo, definido conforme a los criterios

que convienen a quienes impulsan una tal manipulación del concepto. El punto es poder escamotear a individuos humanos la condición de personas y nada más fácil que hacerlo sugiriendo que, después de todo, un individuo puede que no sea una persona.

¿Qué es lo que tiene de peligrosa la noción de persona? ¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué tantos esfuerzos para enseñarles a quienes se pretende dominar otra idea de los derechos humanos distinta de la usual, a saber, que los derechos dotan de dignidad y protección a la persona humana, a la persona entendida como individuo solitario? (Lo que significa que una persona que no forma parte de un grupo, porque no quiera o porque no pueda, *también* tiene derecho a ser protegida y a ser respetada).

A mí me parece que *Kung Fu Panda* (2008, dirigida por Mark Osborne y John Stevenson y escrita por Jonathan Aibel, Glenn Berger, Ethan Reiff, Cyrus Voris y Joe Piscatella) precisamente tematiza este enigma y construye una parábola alrededor del misterio de la persona y de su poder, que no por casualidad tiene lugar en el contexto de la cultura ancestral de China.

La película se desarrolla en una comarca de la provincia china en donde vive un joven oso panda con sobrepeso, tierno, flojo y lento como deben ser todos los osos panda, que, a juzgar por lo que uno ve en los zoológicos, pueden estarse horas sin hacer más nada salvo chupar dulces troncos de bambú. Este oso panda de enorme barriga vive una vida más bien aburrida con sus progenitores patos (asunto que incluso a él mismo le parece un poco extraño), quienes regentan un puesto de sopa de fideos famoso por una receta cuyo ingrediente más importante es un secreto de familia que se guarda celosamente.

Aunque al joven oso panda le aguarda un futuro más bien gris como futuro garante de la receta secreta y heredero del modesto puesto de comida de su padre pato, en su fuero interno sueña con ser un poderoso maestro del Kung-Fu. Todas sus fantasías giran alrededor de este sueño. Tiene su cuarto empapelado con afiches de sus ídolos, los campeones de Kung-Fu, y ha visto todas las películas posibles de Kung-Fu. Incluso ha estudiado un poquito de Kung-Fu. Pero aquello que más desea es ser un discípulo del respetado maestro del Kung-Fu, el pequeño oso koala Shifu, quien vive en un palacio en la cima de una montaña junto con sus cinco discípulos más aventajados.

Ahora bien, la comarca se encuentra amenazada por un antiguo discípulo del Maestro Shifu que se ha pasado al lado oscuro, el temible leopardo Tai Lung. Inicialmente educado para erigirse como el Elegido protector supremo del Valle de la Paz y heredero espiritual de Shifu, el así llamado Guerrero Dragón, la ambición desmedida y el ejercicio despiadado y cruel de su propia fuerza física y de los frutos de su superior entrenamiento en las artes esotéricas del Kung-Fu, persuadieron al maestro Shifu de que este guerrero no estaba, no podía estar, realmente destinado a cumplir con el noble designio para el cual había sido educado.

Desde entonces, el Maestro está a la espera que un signo del cielo le indique quién es el verdadero Guerrero Dragón, mientras sus discípulos confían en que el Elegido será alguno de ellos.

Ahora bien, la pequeña comunidad de guardianes está presidida por un anciano maestro cuya sabiduría es mayor que la de todos los demás. Se trata de una anciana tortuga

llamada Oogway. El Maestro Oogway está convencido que un designio superior rige todo el universo, así como todos los eventos, grandes o pequeños, que en él tienen lugar, de forma que no existen tales cosas como las causalidades: todo lo que sucede, sucede por un propósito.

De esta forma, está escrito que el Guerrero Dragón será presentado a ellos de manera inequívoca y como resultado de una cadena de acontecimientos que sólo superficialmente parecerá azarosa.

Es así como el Oso Panda, Po, cae literalmente del cielo a causa de un penoso accidente. Para sorpresa del grupo que esperaba que el Guerrero Dragón saliera de uno de ellos, resulta que Po no tiene nada que ver con la imagen usual que debería tener un súper héroe. Po no parece nada especial: de hecho, es un oso gordito, algo ignorante, flojo, glotón y destinado a heredar el humilde puesto de comida de su familia.

Shifu y sus discípulos piensan que debe haber algún error en la cadena de eventos maravillosos que parecen señalar que Po es el guerrero elegido por Dios para vencer a Tai Lung, pero el anciano y sabio Maestro Oogway, que sabe que en un universo regido por una inteligencia suprema no hay casualidades, está convencido de lo contrario e insiste en que, pese a que Po no parece tener ninguna cualidad que lo destine para la tarea, él, y no otro, es quien ha sido elegido para llevarla a cabo.

La película describe, pues, no sólo el entrenamiento de Po, que Shifu emprende a regañadientes, para cumplir una tarea para la cual no parece dotado de ningún talento natural, sino un proceso de autodescubrimiento en el que todos los personajes llegan a darse cuenta de que todo lo que creían de ellos mismos no era verdad.

Uno a uno se van cayendo los estereotipos. Los orgullosos discípulos de Shifu, que no pueden concebir que alguno de ellos no sea el guerrero elegido o que lo pueda ser Po, son derrotados y casi muertos en un enfrentamiento terrible con Tai Lung. Shifu, en su entrenamiento de Po, descubre que un guerrero puede tener talentos ocultos que descansan en sus particularidades personales, tales como la glotonería de Po, que le sirve para entrenar sus reflejos, al embarcarse ambos en una lucha feroz en pos de una bolita de masa.

Pero el aprendizaje más importante, y decisivo, tiene que hacerlo Po por su cuenta. Hasta ese momento, Shifu esperaba que Po se hiciera digno de un precioso y secreto manuscrito, sólo apto para los ojos del Guerrero Dragón, que debía ser abierto y leído cuando su entrenamiento estuviese concluido y el enfrentamiento con el temible Tai Lung fuese inminente. Llegado el momento, Shifu ofrece el manuscrito a Po quien, al abrirlo, descubre que no dice nada. El manuscrito que supuestamente debía albergar los secretos que dotarían a Po de un poder invencible, resulta que está vacío. No hay nada escrito en él. Era un engaño.

Así pues, descorazonados, Shifu y sus discípulos descubren que no tienen nada salvo sus propias precarias fuerzas para enfrentar la maquinaria destructiva de Tai Lung. Por su parte, Po no tiene nada salvo su entrenamiento insuficiente, realizado sólo con la esperanza de poder contar con la ayuda del manuscrito misterioso que resultó estar vacío. Desparecidas las esperanzas de encontrar un guerrero capaz de emular la fuerza extraordinaria de Tai Lung, Po regresa derrotado en busca de su familia y emprende, al

igual que los demás, la huida del Valle de la Paz. Pero es en ese proceso de huida que descubre el verdadero mensaje oculto tras el manuscrito vacío. Cuando su papá pato le confiesa que, en realidad, tras la famosa sopa de fideos no hay ninguna receta secreta, sino que esa sopa es considerada deliciosa por la *expectativa generada* por la idea de que ella estaba hecha con un ingrediente secreto, Po comprende: el manuscrito está vacío porque son sólo sus expectativas respecto de sí mismo las que pueden orientar su acción racional. El éxito de su acción no depende de ninguna cosa, de nada exterior, de un manuscrito: depende de sí mismo, de qué él crea que él es especial. “No hay ningún ingrediente secreto —se repite a sí mismo Po en el momento de su realización— ¡la sopa es especial porque quien la toma así lo cree!”.

¿Qué es lo que Po comprende de pronto? No sólo comprende que él debe creer en sí mismo como persona capaz de derrotar a Tai Lung. Que no le hace falta algo distinto de lo que él es para vencer a Tai Lung. Lo que él comprende es algo más profundo, una idea revolucionaria que está detrás de la concepción occidental de los derechos humanos: comprende que nada que no sea una persona puede dotarlo de poder. El poder lo conferimos las personas a otras personas: el poder no nos los da un objeto, un talismán, un pedazo de papel, una cosa. El poder sólo pueden darlo personas a otras personas. De esta manera, sólo nosotros damos a otras personas el poder para dominarnos a nosotros mismos o para ejercer el poder en contra de nosotros mismos. Por esta razón, se persigue con saña a las personas que se niegan a conferir este poder a quienes no son dignos de ello: el ejemplo de esas personas tiene una tal densidad ontológica, una tal fuerza, que no se puede permitir. Liu Xiabu pone de relieve lo que está detrás de la maquinaria opresora del gobierno chino: el poder que personas como él han conferido a ese gobierno. Es este el gran secreto del poder del gobierno chino que se quisiera mantener oculto por todos los medios: que si las personas se niegan tranquilamente a hacer caso, si se mantienen reflexivos en el sopesamiento sereno de los hechos relevantes, el fantástico poder del Partido Comunista chino desaparecerá en el acto.

Desde luego, una persona frágil está indefensa ante la fuerza arrolladora de un tanque. Las personas que se niegan a conferir el poder pueden llegar a pagarlo con su vida, como el ejemplo de Santo Tomás Moro ha dejado claro para todos los tiempos. Pero el punto crucial es que si se llega a matar a estas personas, si se llega a enjuiciarlas, a hacerlas presas por ello, es porque con su negativa muestran con claridad absoluta que sin el concurso de las personas los poderosos, los opresores de toda condición, no tendrían el menor poder. Basta con que uno se niegue a obedecer para que para todos se abra la posibilidad de desobedecer: tal es el poder de una única persona.

Y es esto lo que Po comprende. Por ello, el enfrentamiento final entre Po y Tai Lung está maravillosamente simbolizado. Son dos personas, igualmente frágiles, enfrentadas a muerte. La única diferencia es que uno de ellos, Tai Lung, no se da cuenta de que su poder dependerá de que Po se lo confiera. Y eso no sucede, claro. Po se ríe, los golpes a Po, realizados por alguien que después de todo no es más grande que él, son tan torpes que le dan cosquillas. Po ya no tiene miedo de los aspavientos de Tai Lung. Y, así, puede derrotarlo fácilmente.